

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Santiago de Compostela se han abierto dos Exposiciones: una moderna, otra de Arte retrospectivo, denominada Arqueológica. Como yo suelo desconfiar de lo moderno, al menos en mi patria, me fui derecha á la retrospectiva, esperando encontrar en ella algo bueno. Y encontré mucho, muchísimo más de lo que pensaba, porque ni creí — con ser gallega y conocer algo mi país — que tanto hubiese de arte en él, ni que, aun habiéndolo, la nota de retraimiento y cautela que domina en la psicología de la raza permitiese á los dueños de objetos de valor desprenderse, aun temporalmente, de ellos, y correr los riesgos del envío.

Tengo que explicar lo que arriba estampo sobre mi desconfianza de lo moderno. No desconfío de lo moderno por serlo, sino porque no estamos aún al corriente de cómo se ha de elaborar. Nadie hubiese sentido satisfacción mayor que la mía al ver en Galicia celebrada según corresponde una gran Exposición industrial. Yo espero que con el tiempo se celebrará, en alguna de las dos ciudades modernas é industriales, Vigo y la Coruña. Por ahí se dice que en Galicia no hay industria; pero también oíamos decir que no había arte, excepto el arte arquitectónico, que ese salta á la vista, y algunos santos de palo obra de Gregorio Hernández, Felipe de Castro y Ferreiro, y acabo de ver surgir de la tierra, afluir de manantiales desconocidos riqueza artística incalculable. No diré que nuestra industria pueda competir con la de Cataluña y Vizcaya. Algo tenemos, no obstante, que poder presentar en un Certamen como el abierto en Santiago de Compostela; y de este algo nada aparece en los edificios (bellamente concebidos y planeados, pero ejecutados con materiales de alfeñique) que componen la Exposición moderna. Al menos, en la semana siguiente á su inauguración. (1)

Y es que lo más hacedero, en la labor de organizar estos Certámenes, es buscarles sitio, construir las barracas, traer unas palmeras y unos evónimos, ó cosa parecida, para el momento inaugural. El verdadero trabajo serio es tener en la cabeza el mapa de la producción y actividades económicas del país, el cuadro de su cultura, y estimular, de mil modos, con el concurso de todos estos elementos, el concurso de los productores, á fin de presentar el verdadero estado de una región, el cuadro de sus fuerzas y energías, de su vida de trabajo y lucha, en el reducido espacio que las Exposiciones consienten.

Viniendo á la Arqueológica ó Retrospectiva, aun cuando no he visto terminada la instalación, y hasta diré que la he visto atrasadísima, ya se podía afirmar que era un éxito completo y una sorprendente revelación. Nadie ignora las vicisitudes que han contribuido á arrebatarse á España mucha parte de su tesoro artístico. El vandalismo ha sido plaga; las llamas han devorado maravillas; la excomunión, nube de langosta, arrasó la cosecha secular; todas las revoluciones — y bien reciente está la prueba — han empujado á los bárbaros primitivos, en su estado regresivo y en su ciega impulsión; la codicia ó la necesidad han vendido lo que jamás debió venderse; los charateros han recorrido pueblos y aldeas llevándose lo mejor; la ignorancia ha trocado, como los indios, por bujerías de quincalla objetos de oro puro; el modernismo mal entendido ha causado estragos también... Saqueados los conventos, arruinadas ó adocenadas tantas casas nobles; después del francés, las guerras civiles, las incursiones de prenderos ma-

drileños, los robos de iglesias parroquiales, ¿qué podía quedar? Pues quedaba; y quedaba en tales proporciones, que aun sin colocar y revueltos los objetos, era deslumbrador el conjunto.

Reflexionando bien, ocurre pensar cuán superiores á la actual eran las épocas en que nadie se eximía de pagar al arte tributo. Nacen hoy y mueren las gentes sin haber llegado á poseer un objeto bello: todo es bisutería, bazar, utilidad, fealdad innoble... Y la fealdad, aceptada, consuetudinaria, rebaja el nivel de las generaciones. Hoy las comunidades religiosas no sienten la necesidad de poseer algún admirable cuadro, algún santo de talla muy bello, de esos que se enseñan con respetuoso encomio en las viejas iglesias. Verdad que si lo poseyesen vendrían las turbas idiotizadas á rociarlo de petróleo y prenderle fuego. Hoy los ricos tienen mil refinamientos de higiene, muebles laqueados, trajes que cuestan miles de francos; pero no pueden presentar á la admiración de los que visitan su casa una prenda de artística hermosura, como algunas que aquí he visto y que proceden de familias nobles y oscuras del solar gallego.

En la Exposición retrospectiva de Santiago hay cantidad de telas, muebles, pinturas, tallas, cueros de Córdoba, lozas, hierros, bronce, imaginaria de piedra, marfiles, colecciones prehistóricas, libros, grabados; pero lo que predomina es la plata de iglesia, y en este aspecto del arte sólo la Exposición del Centenario de Colón en 1892 y la de París en 1900, con las colecciones austrohúngaras, podrían eclipsar á lo que en Santiago se ha reunido. Hay que tener en cuenta la importancia de Santiago en el período medioeval, del *xiii* al *xv*, con las peregrinaciones, y el impulso que recibió el arte en Galicia por medio de la poderosa corriente inmigradora, que procedía de los países entonces más adelantados de Europa, y encontraba aquí ya otros elementos propios, fecundizados al contacto.

Hay joyas en la Arqueológica de Santiago que son conocidas de todos los inteligentes, gracias en gran parte á los trabajos tan concienzudos y bien informados de D. José Villamil y Castro, á haberse publicado sus reproducciones en el Museo Español de antigüedades y á haber sido exhibidas en la Histórica de 1892, aquel grande y meritorio esfuerzo de don Antonio Cánovas del Castillo. Otros objetos, en cambio, son quizás por primera vez ofrecidos á la contemplación de los aficionados á esta clase de estudios.

Conocidos y desconocidos, aquí se reúnen en prestigiosa agrupación. Las cruces procesionales son tantas, que me parecería curioso contarlas si estuviesen colocadas todas. Lo mismo digo de los cálices, entre los cuales noto especialmente uno, el de Santa María de Pontevedra, una monería gótica, decorada al estilo jacobino tan frecuente en los bargueños, con las conchas del peregrino. Una cruz procesional me sorprende por lo gracioso de la idea; es gótica también, y está formada con ramas de espino de plata. No cabe nada más artístico, que parezca más moderno por su elegancia y ligereza.

Entre las cruces las hay notabilísimas con esmaltes, en que la plata alterna con el cristal de roca. De las que he visto colocadas sobresalen la de Allariz, del convento de Clarisas, y dos de Astorga, una gótica y otra plateresca. Téngase en cuenta que los límites de Galicia, en la Edad Media, alcanzaban al reino de León.

Un viril de Noya compite con el primoroso regalado por doña Mariana de Neoburg á la Colegiata de la Coruña. Este viril de la Coruña es de un encanto especial, pues tiene un pie en la decadencia de fines del *xvii*, pero conserva las más nobles tradiciones. Es una maraña de racimos, hojas dentadas y de gentil involución, y angelillos traviesos que entre ellas se esconden. Esta idea de los angelitos y los racimos y follajes será, con el tiempo, favorita de los discípulos de aquel artista genial que se llamó Churriguera; al menos, en retablos y camarines. Pero en el viril de la Colegiata todavía domina la sobriedad, en medio del lujo fastuoso de los detalles.

El célebre báculo del obispo D. Pelayo es sobrado conocido. Sus ricos zapatos andan también por aquí. Los he visto en una sala entonces no instalada todavía, y en la cual reinaba ese pintoresco desorden que tal vez acrecienta el atractivo de la rebusca de un objeto oculto bajo otros varios, en confuso montón. Por allí andaban dispersos guantes episcopales, cajas de miniaturas, abanicos, cacharros, crucifijos de marfil, bordadas chupas, casullas de dorada estofa. Era el momento de la actividad en enviar, recoger y colocar como se pudiese, con gran derroche de clavos y una brigada de carpinteros. A cada instante llegaban cajones, se desempaquetaban cuadros, y realmente estaban mercediendo bien de la patria los que atendían, incansables, á tal faena. Es preciso nom-

brarles, pues son personas doctísimas y han puesto en la obra vida y alma. Son el conocido anticuario y arqueólogo D. Ricardo Blanco Cicerón, cuyo hijo, como el mío, figura ahora entre los soldados voluntarios de África; el ilustradísimo catedrático don Salvador Cabeza León, y el no menos sabio sacerdote D. Eladio Oviedo. Ellos, mañana y tarde, se consagran, ó se consagraban cuando vi la Exposición, á ordenar, clasificar, depurar, situar los objetos de modo que su lucimiento fuese mayor y el público pudiese apreciarlos y hasta aprovechar en entenderlos; y á ellos, no lo dudo, corresponderá la ardua y magna tarea de redactar el catálogo, ya que, por desgracia y por achaque común de esta clase de Certámenes, ni sombra de él existe todavía. Sería gran lástima que este catálogo no se llegase á imprimir.

Entre los activos y entendidos organizadores se cuenta uno de los expositores que más han contribuido á enriquecer las vitrinas: me refiero al señor Blanco Cicerón, que presenta objetos notabilísimos en marfiles, tablas, cruces, y sobre todo una colección que por lo rara y única está á la altura de lo más importante en su género, como documento etnográfico y como muestra de arte arqueológico: hablo de la famosa colección de fíbulas y torquis, de oro en su mayor parte, y algunos muy gruesos y macizos, de elegante y curioso diseño. Sólo se encuentra esta joya en Galicia y Portugal, y se la considera, más que celtibérica, propiamente céltica. Alguna presenta también la Diputación provincial de Pontevedra; pero la colección de Blanco Cicerón es suntuosa y comprende los más señalados y variados ejemplares.

Hay otro expositor, el Sr. Pazos, que merece que yo le dedique aquí un elogio, acompañado de algunas explicaciones y observaciones. El Sr. Pazos presenta en la Exposición de Santiago tal cantidad de objetos, que si no cabe decir que la llena, podrá al menos afirmarse que la rellena. No es posible que, presentando mil ó dos mil cosas, sean todas de gran mérito, y que no existan entre ellas algunas dudosas como autenticidad — por ejemplo, los platos de Manises imitando la cerámica hispano árabe. — No obstante, en conjunto, las colecciones del Sr. Pazos son muy interesantes, y tienen la ventaja de permitir (al exponerse debidamente clasificadas) que se estudien numerosas manifestaciones del arte español y aun del arte en general. Yo he notado que en España, creo que por esta tendencia nuestra á echar, como decirse suele, la soga tras el caldero, á desdeñar lo relativo, se da poca importancia á lo que no es completamente de primer orden. Todo lo contrario sucede en Francia, donde á cualquier futeza se atribuye valor, y yo debo decir sinceramente que mucho de lo expuesto con respeto y estimación en museos como el Carnavalet y el nuevo creado de Arte decorativo, de París — y si me apuran, bastante de lo que las vitrinas de Cluny guardan, — no es superior á algo de lo que el Sr. Pazos presenta. Un objeto de arte, con tal que sea auténtico y esté bien conservado, no necesita ser obra maestra para prestar el inmenso servicio de auxiliar á la cultura y para tener su lugar señalado, si no en el terreno de la estética pura, al menos en la historia del arte. Sólo la colección de llaves antiguas — creo que es del Sr. Pazos también, — que ocupa varias panoplias en el claustro del edificio de la Exposición, merece que se le otorgue al Sr. Pazos el título de muy meritorio coleccionista. Y no digamos nada del esfuerzo de traer aquí tanto objeto, y de la pérdida de no pocos de cerámica, que, como es sabido, difícilmente resisten el transporte.

He oído varias veces exclamar en los museos: «¡Bah! ¡Y esto se expone! ¡Unas hebillas de zapatos! ¡Pues si mi abuelo tenía unas así, y anduvieron tiradas por el desván de casa!» Pues justamente las hebillas del abuelo, y hasta la cofia de la abuela, tienen su lugar en museos especiales, no como lo tiene la Venus de Milo, sino como por otro concepto — é insisto en el ejemplo del Museo de Arte decorativo de París, tan útil, tan admirado, donde se conservan y exhiben cosas de que nos reímos aquí.

En cambio, diré que la mayor parte de los objetos procedentes del Museo Romero Ortiz causan extrañeza. Presentar la colilla de un cigarro nunca será lícito en una Exposición de Arte retrospectivo, aunque sea la colilla que apuró, momentos antes de ser pasado por las armas, un heroico general. Mucho se ha ejercitado la sátira contra las reliquias, pero las reliquias son cosa de fe; la fe no se discute, y nadie envía reliquias á una Exposición. Estas reliquias del Museo Romero pueden tener interés en colección particular; nunca en Exposición artística.

Con esto, quédese para otra crónica algo que no debe omitirse al reseñar la de Santiago.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(1) En la página 607 publicamos algunas vistas de la Exposición Regional. (N. de la R.)